

Reseñas

relatarnos el sucedido de guisa que el epígrafe “Cruza las Ramblas un hombre descabezado” cabe calificarlo como un relato breve intercalado en el curso de la investigación. Y no es el único.

Y como era de prever, el polemista tampoco está ausente de la obra, aprovechando un pretexto de la misma para terciar en una polémica de rabiosísima actualidad en estos años primeros del XXI. La ocasión se la propicia la celosa actividad interventora de la Falange, apropiándose de documentación que iba a integrarse en el Archivo de Salamanca sobre una contienda que Santonja no se cansa de repetir que fue del todo “incivil”. Al tocar este punto, no resiste la tentación de torcer en la polémica aseverando, por lo que hace a dichos fondos, que su “pretendido troceamiento, además de marcar el punto y aparte del desatino en la historia de los centros de investigación, contribuiría a borrar la memoria represiva del franquismo”.

Capítulo aparte reclama el estilo, porque este trabajo merece la pena que se deguste también como escritura creativa, y en las antípodas de la prosa a menudo enteca y desabrida de tanta investigación al uso, no poco desapacible de leer. El lenguaje de *Los signos de la noche* informa, sí, pero también entretiene, y en cualquier supuesto no puede dejarnos indiferentes, porque el autor nos envía, página tras página, reiterados guiños de complicidad lingüística. Acordándonos de la bien conocida apreciación del renacentista Juan de Valdés, diríase que el estilo de Santonja le es natural, y que escribe como habla, lo que impregna su texto de vivacidad, de ironía, de cortes cáusticos, de coloquialismos, de giros graciosos y sin que falten los de cuño taurino, como cuando, en la página 52 leemos que “al clarín respondía *Altavoz* en quite de altanerías”, o en la 157 se dice de la apostilla de un mayoral sevillano que era una “mortal larga cambiada del pensamiento”.

Estas citas nos sitúan en el camino de uno de los autores del XX que a mi juicio han incidido de manera más notable en el pensamiento y en el estilo de Gonzalo Santonja: José Bergamín. En el pensamiento, no sólo por la indefectible pasión de ambos por España, una España que conocen bien, y que en no pocas cosas no la aceptan, soñando que sea mejor de lo que ha sido y es. España comprendida desde abajo, aunque la mirada parece a vista de pájaro. Santonja coincide también con Bergamín en las inflexiones del estilo, rompiendo una y otra vez la frase hecha y las construcciones asaderas, y sometiendo cualesquiera expresiones al imperio de la reflexión.

José María Balcels

Pilar Blanco, *La luz herida*, Sevilla (Algaida) 2004, 109pp.

Si el lector se fija con atención en el título del conjunto de Pilar Blanco *La luz herida*, y también considera los títulos bajo los cuales se han agrupado las tres secciones del libro, advertirá que dispone de cuatro indicios valiosos para captar claves esenciales de esta obra, unas claves que la autora no ha escondido, sino que ha aportado a través de dichos lemas.

La tesis fundamental del libro se recoge en la expresión “luz herida”, mediante la que se afirma que la ilusión, la esperanza, la felicidad, la trascendencia, nociones todas susceptibles de alentar en el ámbito de la luz, están vulneradas por elementos negativos que contrarrestan la luminosidad. Esta-

blecido el aserto, la poeta organiza sus materiales a modo de una historia orientada a exponernos la radiografía de su espíritu al respecto, y nos transmite la convicción de que el asidero único para participar de la luz reside en la palabra poética.

Los tiempos en que la referida historia se despliega son tres, y se corresponden con las partes del libro: en el primero se constata cómo la luz primigenia que conlleva la vida se ve superada por la sombra, de ahí “Luz velada”. En el segundo, “Entre luces”, asistimos al combate por la palabra, a fin de abrir de nuevo espacios de claridad. En el tercero, “Dintel de luz”, ya se percibe que la luz lírica se encuentra en el umbral lumínico del que estuvo exiliada.

A tenor de este itinerario, y al término del mismo, captamos un mensaje positivo, aunque nunca de inmoderado optimismo trascendental, hacia el que la mente de la escritora leonesa no está cerrada, pero sí es apenas proclive. Después de haber leído en muchos poetas contemporáneos de distintas generaciones y levas diversas variantes líricas acerca de la llamada y de la aspiración de la luz, nos reafirmamos en que la singularidad del punto de vista expresado por Pilar Blanco se asienta en la cautela con que se va produciendo paulatinamente la aproximación al horizonte luminoso, una cautela que contrasta con la determinación, cuando no la fe, con que tantos autores esperan y fían de la luz-justicia (Rafael Alberti), de la luz-trascendencia (Ángel Crespo), de la luz de la palabra justificante (Hilario Tundidor). He recordado tan sólo a tres poetas. Podrían ser invocados bastantes más. Pero al cabo el enfoque de la problemática de la luz en *La luz herida* estimo que es el tan diferencial que perfilamos.

Entre las dimensiones metafísicas de *La luz herida* ha de destacarse la de la temporalidad, que propicia el sentimiento elegíaco por la pérdida de la luz originaria, y que considera el existir en tres tiempos respecto a lo lumínico. También metafísica es la apertura a lo trascendente, apertura no entusiasta, sino precavida. Otra dimensión distinguible es la de índole moral, a vueltas de diversas reflexiones axiológicas.

Varios de los poetas cuya gravitación se percibe en este libro ya habían dejado sentir su influjo en conjuntos precedentes de la autora. Entre los contemporáneos, la huella más notable es la de Antonio Gamoneda. Entre los clásicos, la de Jorge Manrique, cuyas *Coplas* habían hecho fructificar en gran medida *Mar de silencio*. Y entre la impronta de ambos reverberan lecturas esenciales de la historia de la poesía española, singularmente del período áureo, como sería el supuesto de Francisco de Quevedo, a mi juicio más emparejable con la idiosincrasia de la poeta que la de los versos de San Juan de la Cruz, pese a una temática que, en principio, nos orientaría hacia el carmelita. Y procede puntualizar aquí que todas las estelas implicadas en *La luz herida* se metabolizaron tan idóneamente que siempre las advertimos como fermento vivificador del pensar y del decir lírico de la autora, que no pocas veces moldea su voz bajo el estímulo manifiesto de aquellos ascendientes, sin que ello suponga gravamen alguno para su nítida originalidad.

Uno de los retos más difíciles en literatura reside precisamente en recoger y reelaborar de nuevo léxico y topología del legado escrito, a fin de dotarlos de un sentido actual, y por ende no utilizado con precedencia. Pilar Blanco muestra en este libro diferentes ejemplos de tan arriesgado proceder.

Reseñas

Elegiré uno, acaso el más significativo de la obra, hasta el punto de que revela una de las claves esenciales de la misma. Aludimos al empleo del tropo del naufragio. Ciertamente, la antedicha es una de las metáforas más socorridas, y no solo de las letras españolas, sino incluso de las occidentales. Valerse de ese vocablo, de ese concepto, de esa comparación, supone un desafío insólito a principios del siglo XXI. Pero Pilar Blanco quiso y supo afrontar el envite, y en *La luz herida* se demuestra que ha salido airoso en su osadía.

Es notorio que la voz “naufragio” comporta multiplicidad de significaciones en este libro, pero las más sustantivas convergen en la captación del existir como naufragio a causa del exilio de la luz. De las tres partes de la obra, las dos primeras atestiguan la situación de náufragos de la hablante y de los seres humanos, un estado en el que se insiste una y otra vez. En contraste, en la tercera sección no se apela al naufragio más que en una única oportunidad, y aun relativa al pasado al que se refiere la parte con que principia *La luz herida*. Esa metáfora, por consiguiente, sirve también como pauta de comprensión del sentido de este conjunto, pues en la zona espiritual del “Dintel de luz” puede encontrar el “caminante”, el “peregrino” de la vida -tampoco vacila la autora en acudir a ese par de comparaciones tan tradicionales- el asidero, todavía débil, de la esperanza de la luz.

José María Balcells

José Corredor-Matheos. *El don de la ignorancia*. Barcelona (Tusquets) 2004, 124 pp.

El don de la ignorancia puede considerarse el conjunto poético que marca la definitiva consagración literaria de José Corredor-Matheos. La publicación del libro por una editora de contrastado prestigio, y con amplia difusión, no hace sino subrayar el reconocimiento de la importancia del poeta, la cual ha corroborado la crítica especializada en los diversos comentarios de esta obra que fueron apareciendo a la salida de la misma. Leyéndolas, podemos percatarnos de que este autor ya no ha de contarse como uno más de la extensa nómina del cincuenta, sino como uno de los más singulares de tan celebrada promoción, y merced a su peculiarísimo universo poético.

La lectura de *El don de la ignorancia* permite advertir varios caracteres genéricos perceptibles en la poesía corredoriana de las últimas décadas, los cuales parecen acentuarse en este libro. Destacaremos algunos: su mundo lírico es reflexivo, sereno, diáfano. Está lleno de interrogantes, de experiencias bien comprobadas, de iluminaciones sobre el hecho de vivir y la cuestión del conocer. Ésta se plantea inscribiéndola en el ámbito comprensivo de la naturaleza. Otra de las problemáticas que suelen aflorar en su obra la constituye el binomio entre escritura y realidad.

Tocante a la expresión literaria de cuanto se ha anticipado, hay que poner de relieve la gran coherencia de contenido, de técnica y de palabra conceptual y lírica en la poética de Corredor-Matheos desde que creara *Carta a Li-Po*, conjunto publicado en 1975. *El don de la ignorancia* se sitúa, por tanto, en este ámbito, el cual denominábamos en un estudio *ad hoc* poética del “despojamiento”. Es, la referida, una poética que se plasma con naturalidad, con sencillez de trazo, sin afectación ni concesiones retóricas. A veces semeja como si estuviésemos ante apuntes, ante composiciones sin aparente